

La crítica ha suprimido casi totalmente la parte de Esdras en la redacción del *Hexateuco*. ¿Fue siquiera el promulgador de la *Thora* que no había hecho, y que será en adelante el centro único de la vida en Israel? La historia que sobre esto poseemos no tiene el mismo valor histórico que todas las relaciones que de aquel tiempo nos quedan; sin embargo, acaso represente en sus líneas generales un hecho que en una u otra forma debió de dejar honda huella.

Las grandes panegirias efectistas, las misiones del género imitado luego por los jesuitas, los pactos solemnes, terminados con escenas aparatosas y sacrificios, eran propicios para los gustos judíos. Una multitud de historias legendarias atribuidas a los tiempos de Moisés y Josué llevaba las imaginaciones a complacerse en escenas consideradas como el punto de partida de estas otras, fundando las relaciones de Jehová con su pueblo. El séptimo mes, correspondiente al equinoccio de otoño, era la fiesta de las tiendas en la cual Israel pasaba algunos días en chozas de follaje al aire libre.

La pequeña extensión del país ocupado por los colonos repatriados hacía fácil la concentración de casi toda la nación en un solo punto. Esta circunstancia se prestaba maravillosamente al golpe de efecto pensado por Esdras. Lo más probable es que el año 450 antes de J.C. casi todo el Israel nuevo se hallara reunido en Jerusalén. El centro de la panegiria estaba en el amplio espacio abierto cercano a la puerta del recinto del templo llamada Puerta de las Aguas.

Reunido todo el pueblo, se presentó Esdras ante él, con el libro de la *Thora* en la mano. Según la antigua vida de Esdras, éste leyó la *Thora*, desde el amanecer hasta el mediodía, rodeado de varios sacerdotes.

El pueblo rompió en llanto; Esdras y los levitas los consolaban y los incitaban a la alegría. Al día siguiente se comentó la *Thora* leída como un libro nuevo y desconocido hasta entonces. En él se hallaba el detalle de la fiesta de las tiendas, ley antigua, pero caída en desuso. La fiesta duró siete días, y durante cada uno de ellos se daba una lectura de la *Thora*. El octavo día hubo una asamblea general.

Así explica la leyenda, con actos sucesivos y repetidos, lo que fue efecto de una larga costumbre y lentas transformaciones. Las fiestas ocasionaban una especie de misiones, ejercicios de edificación recíproca, destinados a evitar reavivar el celo por la ley según la entendía la piedad de aquel tiempo. La lectura de la ley formaba parte de todas estas fiestas. La preparación para ellas consistía en separarse de los extranjeros, en ayunos, vestirse de luto y confesar los pecados. Los levitas tenían una representación importante en estos actos, que originaron composiciones religiosas, a manera de confesiones públicas, muchas de las cuales se encuentran en el *Libro de los Salmos*.

Era lógico que estos esfuerzos pietistas, coronados de un triunfo considerable, se convirtiesen en una especie de nueva alianza, como la promulgación del *Deuteronomio* había sido un recuerdo del pacto de Israel con Jehová sobre la base de la ley mosaica. Según ciertos relatos, se escribió el pacto como contrato en regla y luego lo firmaron y sellaron los notables, sacerdotes y levitas. El pueblo restante se adhirió a él, así los que habían vuelto del destierro como los descendientes de los que no habían dejado el país y habían vivido separados de las poblaciones no judaicas. Todos menos los niños no llegados a la edad de la razón, se comprometieron por juramento solemne a seguir toda la *Thora*, a abstenerse de los casamientos mixtos, a no comprar nada a los forasteros que llevaran productos y mercancías el sábado y cualquier otro día consagrado, y a observar el descanso del año séptimo, ya con la interrupción de las faenas agrícolas, ya con el perdón de las deudas hipotecarias. Se impuso además la obligación de dar cada año un tercio de siclo para el servicio del templo y otras obligaciones religiosas. Se reglamentaron mediante sorteo las prestaciones para dar leña al templo. Se permitió entregar cada año ciertas primicias además de los diezmos. Se creía que con todo esto se restablecía un orden reglamentado por David y Salomón.

La *Thora* existe ya como libro determinado. Se le añadieron algunas cosas, al parecer, posteriormente, pero la legislación quedaba fijada esencialmente, y las copias que se sacaron difirieron poco unas de otras. La lectura privada iba a empezar.

Normalmente una revolución así coincide casi siempre con el momento en que abundan y se abaratan los materiales para escribir. En Grecia como en todo el Oriente, se utilizaba ya con profusión el papiro preparado de Egipto. Cuando el papel se abarata, la escritura abunda tanto como la palabra y los diálogos de Platón suceden a los enigmas de Heráclito. En Israel se extienden mucho los libros en la misma época. La gente sabe leer, tiene ejemplares de la Ley y la medita por costumbre. Existe la Biblia en el sentido completo de la palabra. Primeramente se limita al *Hexateuco*; pronto se le añadirá una nueva obra: el libro de los profetas, que ofrecerá a la devoción un nuevo y poderoso alimento.

De este modo se creó en el mundo semítico el primer *Qorán* o libro de lectura pública.

Parece extraño que la redacción de la *Thora* no tuviese un escalón más y que la dirección exclusiva que impulsaba en esta época al pueblo judío hacia la constitución de una ley religiosa, no llegara a romper el marco histórico y a formar un código único clasificado metódicamente y libre de las contradicciones más palmarias. La tentación debía de ser tanto más fuerte cuanto que, durante algunos años, el *Deuteronomio* había sido una *Thora* que pretendía sustituir a los antiguos textos discordes. La inmensa buena fe con que los escritores israelitas trataron estas escrituras añejas, termino venciendo. Se censuró el desorden y las contradicciones. Tratándose de leyes y de dogmas, Israel no quiso nunca sustituir con resúmenes escolásticos los textos antiguos. Evitó así los inconvenientes de una autoridad teológica central,

pero, en cambio, arreciaron las disputas casuísticas que fueron siglos enteros el azote de Israel.

Resumiendo, no es la *Thora* lo que ha transformado el mundo, y ha fundado la religión universal, sino el idealismo de los profetas, la afirmación de un porvenir de justicia para la humanidad, la idea de un culto sin sacrificio limitada a los himnos y a los sentimientos interiores. Ésta es la doctrina que, producida por los profetas, y realzada por los esenios, los terapeutas y los cristianos, ha producido la revolución religiosa más extraordinaria. El *Libro de la Alianza*, el *Decálogo* y el *Deuteronomio* tuvieron una gran importancia en aquella revolución. El cristianismo derogó la parte levítica con mucha justicia.

El judaísmo, por su aislamiento impuesto y voluntario a un tiempo, se desarrolló especialmente en el sentido del código levítico y sacerdotal. Después de la Biblia, hizo el *Talmud*. Pero la fuente viva de las fuerzas de Israel no se agotaba. Mientras los judíos escribían más adelante sus sutilezas, el cristianismo, hijo legítimo del judaísmo, conquistaba el mundo. La Biblia se convertía en libro sacerdotal, y cuando una nación ha hecho la Biblia se le puede perdonar, al fin y al cabo, que haga el *Talmud*.